

H. Dr. Luis Melian Lafinur

Colonia 111

J. G. DEL BUSTO.

PLA C HACRA



Al valiente luchador literario
político, al ilustradísimo Dr.
Luis Melián Lafinur

Su viejo amigo

Joseph Bustos

Monte Llano 20/900

LA CHACRA

52.766



LA CHACRA

52.466

A la señora Rosario Ocampo
de Vaeza.

81.449

Arriba, perezosos,
que ya el sol ha encendido en la cuchilla
sus rayos ardorosos
y entre los eucalyptus se levanta:
arriba, que, en el árbol y en la planta,
benteveos, chingolos y dorados
ya lo acogieron con alegre pío,
y, en himno vocinglero,
se siente cacarear al gallinero.
Al jardín, á los prados,
á la caza, al trabajo, á la labranza;
á llenar de aire puro los pulmones
y el pecho de esperanza.

Mirad: desde la casa
donde en franca quietud los corazones
laten tranquilos, donde á todo instante
hallais lecho de paz, mesa sin tasa,
y que un grupo de acacias arrogantes
defiende del pampero,
hasta el arroyo bajan ondulantes
las líneas caprichosas del potrero,
Ramilletes de flores,
de esas flores silvestres hechiceras
que surjen por encanto en las praderas

como una bendicion de los amores,
abrillantan el pasto, siempre verde;
la laguna se queja allá en el bajo
porque al rayo del sol sus aguas pierde;
y entre los eucalyptus vigilantes
que la chacra rodean
como guardia fornida de gigantes,
por un inmenso tajo
abierto sobre el ámbito lindero,
perspectivas de luz, de tonos vivos,
bellos boscajes de álamos y olivos,
sobre campos de césped placentero
el ánimo recrean,
dando fondo sombrío
de Toledo al alegre caserío.

Cubierto de heliotropos, flor de nieve,
amapolas, claveles y cedrones,
os espera el jardín para envolveros
en su perfume leve;
en el patio, que mas parece plaza,
os acechan, leales y gruñones,
los perros, consecuentes compañeros,
orgullo de su raza;
el pato, el micifuz y la gallina
se acercan al olor de la cocina;
sobre el alero de su casa oscura
arrulla la paloma con ternura;
y en el tambo encerrada,
por manos adiestradas ordeñada,
muje la vaca con materno acento,
entregando su leche bienhechora
que brinda al hombre su mejor sustento.

Visitad, que ya es hora,
el galpon, el corral y la cochera,
y venid al fogon, ya iluminado,
donde el mate os espera:
el mate que el cerebro fortalece
y en las venas calórico derrama;

el fuego, que recibe enamorado
la olorífera rama,
y en sus brazos parece
que la retuerce con pasión bravía,
esparciendo con llama vigorosa
el bienestar, la luz y la armonía.
Allí, en torno agrupada
del costillar dorado
que la grasa chorrea,
por diestro campesino preparado,
la familia, crecida y animada,
muchas veces se junta y se recrea;
y la abuela y los nietos
comen gozosos en el mismo plato,
y se vive en un rato
la vida patriarcal, la vida santa,
la que vivieron, sanos y discretos,
nuestros abuelos con amor que encanta.

Pero dejad la lumbre,
que ya el sol se propasa demasiado,
dejad las claridades de la cumbre
y bajemos al valle
del calor y del viento resguardado.
Hácia el fondo mirad: ¿no veis qué hermoso
paisaje magnetiza la mirada?
Cuántos tonos divinos
¡del pintor más glorioso
la paleta sembró en la rinconada!
Desde el claro de luz hasta el oscuro
de la ola tempestuosa,
van los tintes del verde peregrino,
formando en perspectiva
una escala cromática preciosa.
¡Cuánto brochazo de pincel maduro!
¡Cuánta nota de sol candente y vival!

Entre el huerto pequeño
seguid, y las redondas tangerinas,
que en el invierno rudo
brindan fruto dorado y halagüeño.

Pasad de largo; contemplad la calle
de eucalyptus formada
que en declive conduce
à la portera de la antigua entrada,
y entrad en la avenida majestuosa,
de plátanos, de acacias y de pinos.
¿Acaso no os seduce
esa bóveda hermosa
que cubre con su techo de follaje
el más encantador de los caminos?
Seguid la perspectiva y el paisaje;
no tiene fin ni fondo;
es una inmensa nave de verdura,
por millares de troncos encerrada,
que va del alto al hondo,
de la cima elevada
hasta el arroyo de feráz frescura.
A un lado rubicundos maizales
levantan sus espigas altaneros:
al otro, monte de árboles frutales
se ralea al empuje de los años,
pero aún en él alienta una centena
de manzanos, higueras, durazneros,
peras, guindos, nogales y castaños.
Una selva pequeña lo limita,
de sombra espesa y de misterio llena,
que con su hermosa soledad incita
à la meditacion; allí los sáuces
y los álamos altos, abrazados,
cierran al sol la entrada
y forman caprichosos cortinados;
la tierra abre sus fáuces
en pedregosa grieta
y surje una cachimba inmaculada,
manantial rico y sano,
bajo el inmenso sáuce soberano
que forma por sí solo una glorieta
y arrastra por el suelo
los pliegues magestuosos de su velo.

—
A su lado, cerrando
con altísimo muro el monte hermoso
los álamos, formados en batalla,

parecen con sus troncos de coloso
baluarte formidable
que está desafiando
desde la tempestad á la metralla;
y al terminar su fila impenetrable,
como puesto avanzado
sobre la linea del arroyo inquieta
que los sáuces conducen hasta el puente,
forman otra glorieta,
que las tormentas del invierno helado
convierten en un lago sonriente.

Proseguid: entre robles asomáos
á las alegres sendas de la huerta,
y en su plácida calma reposáos.
Allí la col, erguida,
como una gigantesca rosa abierta,
llena el aire de vida;
allí brota la papa succulenta
y el moniato con impetu revienta;
allí el rojo pimiento degafía
en color al tomate, la alcachofa
levanta amoratada la cabeza,
se arrastran el zapallo y la sandía,
la acelga audaz del perejil se mofa,
y la menta y la albahaca se visitan
en la sombra que brindan zalameros
naranjos, tangerinas, limoneros,
y llevan atrevidas su follaje
hasta los miembros de flexible traje
que la huerta límitan.

¡Horas del labrador, sagradas horas
en que el hombre, doblado sobre el suelo,
mueve la tierra con afán profundo
y pone las semillas bienhechoras
bajo la augusta protección del cielo!

Horas de luz, de fiesta para el mundo,
de fecunda labor, de rudo embate,
en que la azada corta y resplandece
como tajante espada de combate,
en que al envion certero del arado
la tierra se extemece,
y, en mar de negras ondas convertida,
germina en sus entrañas nueva vida!
¡Religion del trabajo que ennoblece!
¡Guerras que no destruyen y que crean!
¡Salud del cuerpo! Vida sin cuidado!
¡Santas horas de paz! Benditas sean!

Bajemos hasta el puente;
echemos al pasar una mirada
á la limpia corriente
que cruza cual graciosa serpentina,
y alcemos la cortina
por artisticos saucees colocada.
Otro nuevo paisaje se presenta;
otro monte tupido sale al paso;
concluye en él la mágica avenida
y se extiende despues el campo raso.
Eucalyptus altísimos y escuestos
á las nubes levantan su ramaje
retando al huracan y á la tormenta.
¡Ay de ellos, que sus retos
suelen pagar algunos con la vida
en lucha sin coraje,
del rayo á la primera arremetida!

Aqui, cuando la tarde moribunda
en brazos del crepúsculo se entrega,
la paloma torcaz sus alas pliega
y en las ramas mas altas se guarece;
aquí, en banda crecida y vagabunda,
tordos, pirinchos, músicos y horneros,
improvisan conciertos bullangueros
cuando el sol aparece,

y despues á los campos y al ambiente
huyen con vuelo vario,
dejando al bosque mudo y solitario.

—
Saltemos la tranquera,
miremos cual se arrastra en la ladera
del membrillal el monte enmarañado
que retuerce sus troncos impotente,
y con paso ligero
cruzemos el potrero,
de pasto siempre fértil alfombrado,
donde el toro violento,
el manso buey, la vaca bienhechora
y el caballo, Babieca ó Rocinante,
del paisano perpétuo acompañante,
pacen hora tras hora
demandando á la tierra su sustento.

—
¡Siempre los eucalyptus! Siempre erguidos,
en linea de batalla,
al frente y á ambos lados,
por todas partes nos presentan valla!
A su espalda, cual míseros vencidos,
y en el cerco fatal encadenados,
acácia, mio-mio y cina-cina
ascienden confundidos
la limpida colina
que al fondo de la chacra se levanta.
Llevemos á su cumbre nuestra planta,
descansemos un rato, respirando
el aire oxigenado de la altura,
y admiraremos las líneas del paisaje
que con tintas de llano y de boscate,
va ante nuestras miradas desplegando
cuadros abrumadores de hermosura.

—
¡Cuánta nota de luz! Cuánta cuchilla
por el clásico rancho coronada!
¡Cuánta granja soberbia, maravilla
de trabajo y de afan, sus vides tiende
como ejército en linea de parada,

entre calles de verdes olivares
y espléndidos pinares!
Aquel'a mancha que del suelo asciende
y parece una nube,
es la sierra de Minas,
la hermosa sierra que á los cielos sube;
allí de Suarez la tranquila aldea
semeja ropa blanca al sol tendida;
entre las arboledas escondida
se alza de vez en cuando una azotea;
y allá á lo lejos de la Union risueñas
las casas, como un hato de gallinas,
se desparraman á los pies del Cerro,
que dentro de un instante
va à saludar al sol desde sus peñas
con su cañon de hierro.

—
Ya va à ponerse el astro rutilante;
ya reviste à sus últimos fulgores
mil formas y colores
la nube, por el céfiro empujada;
ya de púrpura tiñe el horizonte;
ya se hunde tras el monte
como hóstia por los cielos consagrada,
dejando el mar sin luz, la tierra fria,
y el alma con letal melancolia.

—
Volvamos al hogar. De su faena
vuelve tambien el labrador cansado,
y en el carro de bueyes,
sobre el pasto y la leña encaramado,
no envidia de los reyes
la dorada cadena;
al tranco de su pingó receloso
á su rancho feliz torna el paisano,
entonando algun triste melodioso
que recuerda al gaucho, al soberano
de la campaña otrora solitaria
donda hoy queda tan solo de su nombre
la fama legendaria;

y, dando ejemplo al hombre,
obedeciendo á instinto misterioso
que la ciencia profunda no ha aclarado,
á las casas, con paso perezoso,
regresa de los campos el ganado.

|Oh chacra! Son tan sanos tus ambientes
y tus brisas tan puras,
tan higiénica el agua de tus fuentes
y el clima de tus valles tan templado,
que los que en tí gozamos y vivimos
«Chacra de la Salud» te hemos llamado.
Aquí los que venimos
á descansar un mes en tus alturas
ó á renovar el fósforo gastado
que el cerebro en tinieblas ha dejado,
cosechamos sin cálculos prolíjos
fuerzas, satisfacciones y alegrías;
aquí, obedientes al menor deseo,
entre el cuidado de los tiernos hijos,
el ejercicio rudo y el paseo,
se deslizan tranquilos nuestros días;
aquí no hay etiquetas ni cumplidos
ni política ruin ni nécios males,
ni turban nuestra calma
molestan espectáculos sociales;
aquí se habla verdad; aquí no llegan
de la ciudad los disonantes ruidos;
aquí se logra en bienhechora vida
con la salud del cuerpo la del alma;
aquí todo á los éxtasis convida,
y en voluptuosa paz el alma anegan
ilusiones divinas
que sus lampos de luz han encendido
en llanos, arboledas y colinas.

—
Oh chacra! ¿Qué pudiera
desearte el corazón agradecido?...
Que crezcas siempre alegre y placentera,

que se cambien en huertos tus potreros
y tus montes en selvas seculares,
tus vallados en riegos olivares
y en calles de balastre tus senderos;
que sigas con amor fortificando
de nuestros hijos la salud preciosa
y vayan en tu seno cosechando
felicidad tranquila y abundosa;
y que el hado divino
que te colmó de encantos y de dotes
siga siempre sembrando en tu camino
¡Chacra de la Salud! sus bendiciones.

Toledo, Mayo de 1900.